



Dicen que hay un señor llamado don Manuel García Prieto, primer marqués de Albuemas, y que ha sido varias veces ministro y hasta presidente del Consejo de ellos, de S. M. Nosotros creíamos que dicho señor no existía más que en el papel, cuando un día, en un entierro, el de D. Gumersindo Azcárate, nos dijeron señalándonosle: «¡Ese es!» No le hemos vuelto a ver ni conocemos el timbre de su voz, que hemos oído decir que no es armonioso.

Tampoco conocemos la voz de D. Julio Burell, que dicen que es tonante. Habíamos cruzado con él dos pares de cartas—y alguna saldrá a relucir,—cuando un día nos le mostraron, no en un entierro, sino en la estación de Medina del Campo. Le vimos, le vimos y nos miró, y no dejamos por eso de creer en Dios y en su divina Providencia.

Al señor de La Cierva no le hemos visto ni oído sino una sola vez, por brevísimo rato. No fué en entierro ni en estación de ferrocarril, sino ante una puerta, cerrada, de una estancia tenebrosa. Cruzamos breves palabras.

Nunca hemos oído la voz, que dicen armoniosa y solemne, de D. Antonio Maura. Estando una mañana—hará de esto seis años—en nuestro despacho oficial vinieron a decirnos: «¡Ahí abajo está Maura!» La curiosidad nos llevó al balcón a ver al hombre. Hallábase arrobado en la contemplación artística de una fachada plateresca y le dejamos. Luego le hemos visto dos o tres veces más, en la calle, pero sin oír nunca su voz.

Al Dato ese le conocimos, también sólo de vista, en aquel mismo entierro. Nuestros políticos se distinguen por enterradores.

Podemos decir, en resumen, que de nuestros ex ministros no conocemos, ni de vista, lo menos a la mitad, y de haberles hablado, una vez siquiera, ni a la mitad de la mitad. Y como en los 55 años que vamos a hacer de vida no habremos pisado el Congreso o el Senado ni media docena de veces, y las más de ellas en nuestra mocedad estudiantil, resulta que no sabemos si son tiples o bajos, tartamudos o estropajos de lengua, si cecean o arrastran las erres.

Y de los que conocemos y hemos tratado algo, ¡ojalá a los más de ellos no los hubiéramos conocido nunca! Nos habríamos ahorrado más de un remordimiento que sobre nuestra conciencia pesa.

Y es a esta «irrelación» con nuestros políticos de carrera, con nuestros profesionales de la política, a la que debemos nuestra fuerza y el que no nos hayan perdido el respeto. Y esa santa irrelación, ese cuidadoso régimen de acordonamiento sanitario espiritual nos ha permitido mantener nuestro amor furioso a la verdad. La verdad puede más que la razón, decía Sófocles, y si el derecho, que es lo que fraguan esos señores, domina alguna vez a la razón, a la verdad no la domina nunca. No nos basta, pues, con tener razón; queremos tener verdad.

En dos entrevistas, para nuestro ulterior destino público y social, decisivos, que tuvimos con uno de esos profesionales de la electorería política y del chanchullo, vimos todo el juro del engaño y de la mentira. El muy zorro creyó engañarnos y nos fingimos engañados, pero ya se habrá desengañado él a su vez. Tejió en torno nuestro la red de sus embustes y trampantojos. Y aquéllo fué como si nos acabaran de bajar unas cataratas mentales. Con sus mentiras nos mostró al desnudo la verdad. Fue como Mehistófeles que

queriendo y creyendo hacer el mal hace el bien.

Nuestro político profesional vive de la mentira, por la mentira y para la mentira. Como en nuestro régimen no le es posible medrar sino mintiendo, miente. Y no miente precisamente soltando, de palabra, mentiras formales, aunque las suelta; las suelta fundamentales. Miente callando la verdad; miente dando a entender lo contrario de lo que dice o diciendo lo contrario de lo que da a entender, y miente sobre todo con sus actos. Y si no mintiera no medraria.

Si nuestro político profesional, el de nuestro régimen de despotismo y falsía, no mintiera, o no llegaría nunca a los Consejos de la Corona, o si llegaba no duraría en ellos mucho. Porque no es sólo el vulgo, como dice el texto, el que quiere ser engañado. «Vulgus vult decipi». Y todo el que quiere engañarse y ser engañado—que son dos cosas—acaba a su vez por engañar. Y el político para aceptar el engaño, y darlo por bueno, y fingir que lo tiene por verdad, tiene a su vez que engañar.

«¿Quién engaña a quién?»—suele decirse. Pero sí, cuando A. y B. pretenden engañar uno a otro sabiendo a la vez ambos que tratan de engañarse mutuamente, es cuando se engañan de veras y mucho más de lo que creen. Cuando A. le dice a B. una mentira de esas llamadas convencionales, sabiendo que B. sabe que es mentira y finge creerla es cuando A. y B. más de veras mienten y más engañan. Y el que no acepta una de esas mentiras convencionales tiene que vivir en irrelación con esa tropa. Sólo así mantendrá pura su conciencia. Y sólo así medrará por dentro de sí, espiritualmente, hacia Dios.

¿Un régimen así, tan de mentira, de tan desvergonzada mentira, puede ser duradero?



Cuando nos disponemos a enviar hoy, miércoles 12, estas cuartillas llevamos casi dos días incomunicados aquí, en Salamanca, con el centro político, con Madrid; ni llega correo, ni telegramas, ni telefonemas de él. Y corren los rumores más diversos y hasta los más absurdos. Lo que ocurre porque todo el mundo está a la espera de algo que eche a rodar ese tinglado sobre el que se levantan los chirimbolos de la realeza a modo de espantapájaros. Se masca el descontento.

Ya nadie se pregunta: «¿Qué vendrá tras de esto?», sino que hasta los más pacatos empiezan a decir: «¡Venga lo que viniere!»

No sabemos qué será de todo ese tinglado—verdadero cadalso de España—cuando estas líneas vean la luz pública. Lo más probable es que siga aún en pie. Y con él la mentira, el embuste y la patraña, que son su entresijo.

Cualquier cosa, con tal de que sea clara, abierta, manifiesta, es mejor que esto. Antes la violencia, es decir, la tiranía, que no la clandestinidad, o sea el despotismo. Con tal de que barran a todos esos sacerdotes del engaño, a todos esos cultivadores de las artes de la ficción y del embuste, vengán turbas de hombres con los corazones al desnudo. Aunque esos corazones estén llenos de rencor. Todo menos el engaño.

Miguel de UNAMUNO.

